



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo





El Llastay

CUIDADO CON EL LLASTAY!, SE ESCUCHABA SEGUIDO decir a los cazadores de guanacos. Es bromista y divertido, pero cuando algo no le gusta, hace que se enoje el cerro y la desgracia es segura.

Esa mañana, Francisco había salido al cerro a cazar guanacos. Creyó que era su día de suerte porque apenas puso la mirada en lo alto vio una tropa grande de guanacos que pastaban tranquilos. Separado, un poco más alejado de los guanacos, estaba el relincho.¹¹

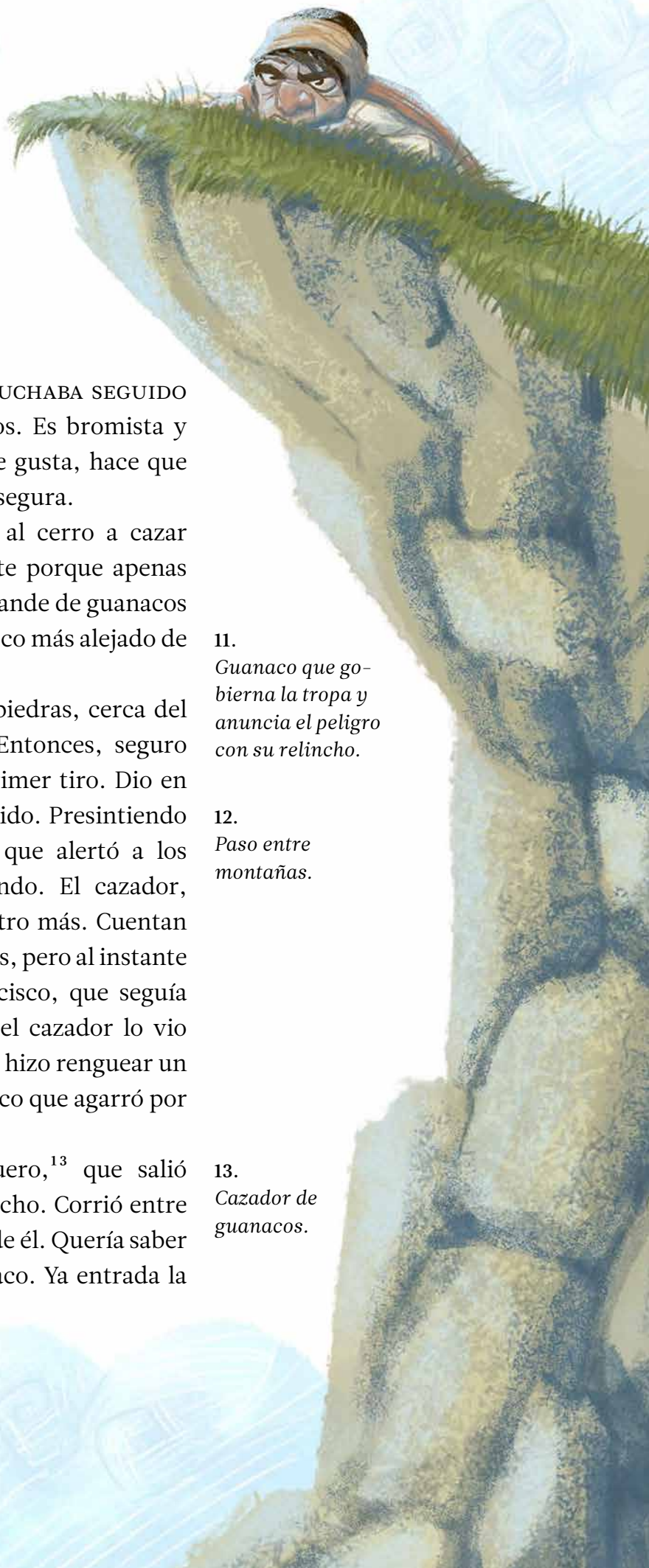
Pensó en esconderse detrás de unas piedras, cerca del abra¹² y esperar que pasara la tropa. Entonces, seguro que cazaría muchos guanacos. Tiró el primer tiro. Dio en el blanco. El pobre animal quedó malherido. Presintiendo el peligro, el relincho pegó el alarido que alertó a los demás guanacos, que salieron disparando. El cazador, envalentonado, tiró otro tiro, y otro y otro más. Cuentan que esa vez cayeron muertos tres guanacos, pero al instante el relincho apuntó en dirección a Francisco, que seguía escondido detrás de las peñas. Cuando el cazador lo vio avanzar hacia él, le tiró un tiro que solo lo hizo renguear un poco. Parecía inmortal ese enorme guanaco que agarró por la quebrada y se perdió de vista.

Francisco tenía un perrito guñaquero,¹³ que salió corriendo olfateando las huellas del relincho. Corrió entre las piedras y las plantas espinosas detrás de él. Quería saber de dónde había salido ese enorme guanaco. Ya entrada la

11.
Guanaco que gobierna la tropa y anuncia el peligro con su relincho.

12.
Paso entre montañas.

13.
Cazador de guanacos.





tarde, llegó a un recoveco muy cerrado de las sierras donde había una casa grande hecha de piedra con una puerta tapada de plantas. El perrito entró en la casa y desapareció. En vano fue que Francisco lo llamara, parecía que se lo había tragado la tierra. Entonces, sin pensarlo dos veces, entró en la casa y se encontró con una galería ancha y larga con muchas columnas y, en ellas, atados perros de distintos colores y tamaños. Ahí estaba su perro ladrando y forcejeando para soltarse. Y ahí nomás apareció un viejo bajito de barba larga, con ojotas y vestido con ropa toda hecha con lana de guanaco. El joven cazador se sorprendió al verlo:

—No te asustes, no te haré daño. Soy el Llastay, hijo de la Pachamama —le dijo el viejo—. Ella me manda a cuidar las tropas de guanacos y vicuñas. Persigo a los cazadores avarientos. A esos que cazan más de lo que precisan los castigo duramente.

Como había sido la primera vez, el Llastay perdonó a Francisco y lo dejó desatar a su perro. Le advirtió que si volvía a cazar más de lo que necesitaba, lo pagaría muy caro. El viejito se dio vuelta y desapareció, pero Francisco alcanzó a ver que rengueaba de una pierna y se quedó pensando en el relincho que había herido en la quebrada.

—Seguro que ese era el Llastay —se dijo.

Desde entonces, Francisco solo cazó guanacos por necesidad y, por las dudas, les contó esta historia a todos sus amigos que andaban cazando en los cerros.



Los diaguitas





Coordinación editorial
Daniela Allerbon, Pilar Amoia

Redacción y compilación
Graciela Piombo

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Paula Erre y Javier Bernardo

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro
